Biblioteca dramática.

COLECCION DE COMEDIAS

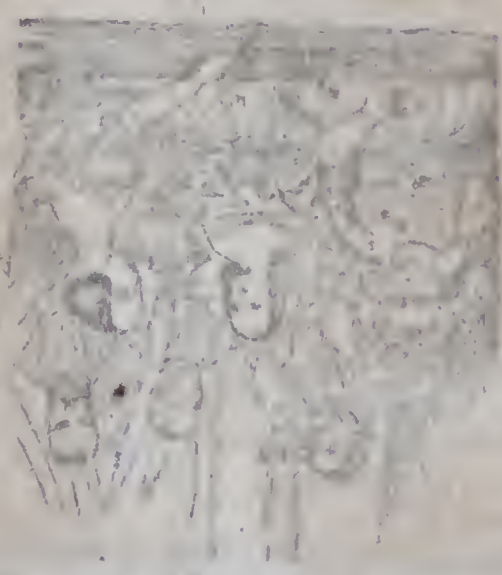
REPRESENTADAS CON EXITO

EN LOS TEATROS DE LA CORTE.

Madrid, 1846.

IMPRENTA DE DON VICENTE DE LALAMA, EDITOR,

Calle del Duque de Alba, n. 13.



Es propiedad
de D. V. de Lalama.

BIBLIOTECA
DRAMATICA.

Librerias de Jordan,
Rios, Perez y Cuesta.

CON SANGRE EL HONOR SE VENGA.

Drama en tres actos y en verso, original de D. Juan Ruiz del Cerro, *para representarse en Madrid, en el teatro de Variedades, el año de* 1847.

A su querido amigo D. Juan de la Rosa,—El Autor.

PERSONAS.

ONOR.
IENA.
N Fernando, *rey de Castilla.*
N Garcia, *rey de Navarra.*
NCHO Fortuño, *bajo el nombre de Guzman.*
MIRO.
NZALO.
NRIQUE.
BLEDO.
N Tello.
BERTO.
dados de Castilla y de Navarra.

La accion del drama empieza á las diez de la noche 31 de agosto de 1034, y concluye á las 24 horas.

ACTO PRIMERO.

nterior de una casa pequeña de campo, situada no y distante del valle de Atapuerca. Dos puertas latera- que conducen á lo interior; en el fondo, una ventana a puerta que dan á el campo. Es de noche. Se oye lo de tempestad.

ESCENA PRIMERA.

Leonor, Sancho Fortuño.

En vano esperas que en la noche oscura,
reinando la tormenta asoladora,
Gustavo ose cruzar tan á deshora
de este escondido bosque la espesura.
¿Pensais acaso que el valor le falte
porque la noche es lóbrega y oscura?
Jamás, padre, creais que la pavura
á su indomable corazon asalte.
¿Qué le podrá importar que el ronco trueno
recorriendo los vastos horizontes,
retumbe en las cabernas de los montes
cual si rasgára su profundo seno?

San. Conozco, Leonor, que un buen soldado
que impávido á la muerte se presenta,
el peligro casual de una tormenta
sabe arrostrar con ánimo esforzado.

Leo. Pues entonces...

San. Leonor, el fuego insano
tú no comprendes de la infanda guerra,
que asolando cruenta nuestra tierra,
llama á la lid á el pueblo castellano.
Hoy que tal vez la trégua ha concluido
que suspendia el combatir sangriento,
nadie osará salir del campamento,
porque á la paz la guerra ha sucedido.

Leo. Es verdad, solitaria entre las flores
que me vieron nacer, sin que ni un hora
saliera de esta selva encantadora,
¿qué puedo comprender de esos horrores?
Yo que jamás osé con mi mirada
las torres divisar de esas ciudades,
que me pintais tan llenas de maldades,
y dónde fué mi madre desgraciada?

San. Harto sufrió, Leonor: hasta que huimos
de ese liviano mundo escarmentados,
y en esta selva, tristes y olvidados
nuestra pena y dolores escondimos.
En esta soledad, la aciaga suerte
que nos hirió cruel, lloró angustiada,
hasta que al cabo triste y abrumada
con su dolor, la sorprendió la muerte.
Entonces, tú, Leonor, tambien quedaste
en medio de estos yermos desvalida,

siendo yo tu leal y única egida,
y tú quien mis desgracias aliviaste.
Mas á qué recordar tan triste historia;
si aun me queda una sombra de amargura,
al contemplar tu cándida hermosura
desaparece al fin de mi memoria.
Porque tú eres el Dios que en mi destierro
me hace olvidar la afrenta de mi ultraje,
y hasta el villano y campesino traje
donde mi nombre y mi venganza encierro.

LEO. Siempre hablais, padre mio, de una afrenta
que contármela nunca habeis querido.

SAN. No la preguntes mas; dala al olvido,
y jamás de ella me demandes cuenta.
Ultrajes hay en nuestra suerte impia,
que el infeliz y mísero agraviado,
si no logra por si verse vengado
debe ocultar bajo la losa fria.
Pero gran Dios, cual tormenta ruje
iluminando el negro firmamento,
y el huracan airado y violento
entre los robles de la selva muge!

LEO. Sombria noche!

SAN. Si, tormenta horrible,
que antes que á campo raso entumecido,
pasarla con un moro, guarecido
en su propio solar, es preferible.
(*se oye llamar en la puerta del fondo.*)

LEO. Mas no oisteis llamar? Impacientados
sin duda algunos á la puerta esperan.
Oh! si Gustavo y su escudero fueran!

SAN. Quién es? (*mirando por la ventana.*)

GAR. (*desde fuera.*) Dos viageros estraviados
que del camino habiéndose perdido,
por medio de esta lóbrega espesura,
con la tormenta y con la noche oscura,
un albergue á pedir hemos venido.

SAN. Entrad, voto á Santiago, en mi cabaña,
que aunque pobres y míseros estamos,
nuestro asilo y un pan jamás negamos
los francos hijos de la noble España.

ESCENA II.

Dichos, DON GARCIA, *en traje de caballero, y* ROBERTO.

GAR. Gracias, amigo; que os proteja el cielo
por el grato solaz que me habeis dado.

SAN. Entrad ligero, que vendreis cansado,
y en medio de esta admósfera de hielo,
lumbre necesitais con que recobre
su perdido vigor y tome aliento
vuestro arrecido cuerpo, y alimento
que á disponeros voy, aunque soy pobre,
limpio y sabroso.
(*mientras Sancho Fortuño habla con Leonor, que cubre la mesa, don Garcia le dice aparte á Roberto.*)

GAR. Entiendes, al momento
que le asegures bien, cierra la puerta,
y no lejos de aqui quedas alerta
á mi mandato y á mi voz atento.
Si alguno á entrar viniere y muestra brio,
estórbale el camino con tu acero,
y antes de entrar aqui, pase primero
sobre tu tronco desangrado y frio.
(*á Sancho Fortuño.*)
Antes, que á mi escudero franqueaseis
vuestra caballeriza yo quisiera,
y á nuestros dos caballos, que están fuera
en ella acomodarle permitieseis.
Y dispensad...

SAN. Dejemos cumplimientos.
Escudero, seguidme sin demora,
que grata cena y lumbre bienhechora,
nos esperan pasando unos momentos.
(*Sancho Fortuño toma una tea y se retira por el fondo seguido de Roberto.*)

ESCENA III.

DON GARCIA, LEONOR.

LEO. Buen hidalgo, si asentaros
os place junto al hogar,
podeis mejor á la par
descansar y calentaros.

GAR. Mil gracias. Pero os marchais?

LEO. Voy el lecho á disponer
donde os debeis recoger.

GAR. Mas por qué asi os molestais
tan solamente por mi,
cuando asi que la tormenta
calme su furia cruenta
debo alejarme de aqui?

LEO. Ah! no, que un gran desatino
sin duda alguna seria,
antes de rayar el dia
proseguir vuestro camino.

GAR. Sin duda que es imprudente;
mas si retardo el marchar,
una jóven va á quedar
deshonrada torpemente.

LEO. Oh! que infamia, santo Dios!
Entonces, si, si, partid,
mas es muy lejos, decid?

GAR. Debeis conocerla vos.
Segun me han dado las señas,
es una jóven hermosa
que siempre ha sido dichosa
entre las rústicas breñas
de esta humilde soledad,
creciendo en su juventud,
siempre llena de virtud,
siempre exenta de maldad.

LEO. Sabeis su nombre?

GAR. Leonor.

LEO. Y sabeis si tiene madre?

GAR. No, solo existe su padre.

LEO. Llamado?

GAR. Guzman.

LEO. Que horror!
Y esa jóven, no decis
que va quedar deshonrada?

GAR. Esta noche.

LEO. Desgraciada!

GAR. Pero por qué os afligis?
Si estoy alli, como espero,
antes de el alba rayar,
os juro la he de amparar
por la fè de caballero.
La senda vaisme á decir
por donde antes llegaré,
que yo alli la salvaré
ó por ella he de morir.
Está muy distante?

LEO. No.

GAR. Y vos la conoceis?
LEO. Si.
GAR. Dónde está su albergue?
LEO. Aqui,
y esa infelice soy yo.
GAR. Sois vos?..
LEO. Si, soy Leonor;
ahora sin que pregunteis,
harto comprender debeis
la causa de mi dolor.
GAR. Sin duda el cielo escuchó
mis votos; si, si, animaos,
y á partir apresuraos
que la tormenta cesó.
LEO. Pero, decidme primero
quièn á mi honor atentaba,
que asi villano intentaba...
GAR. Un cobarde caballero
que del traidor D. Fernando
siguiendo el pendon sangriento,
llevaros á el campamento
queria.
LEO. Crimen infando.
Sin duda alguna seria
Gustavo, y á visitarme
venia, para robarme
con tan baja villania.
Yo que tanto le apreciaba,
y él, fingiéndose mi amigo,
como un cobarde enemigo
contra mi honor conspiraba.
GAR. (*ap.*) Fortuna fué que acerté;
pues sin estar orientado,
por su pregunta apremiado
tal respuesta improvisé.
Bien paga vuestra amistad. (*alto.*)
LEO. Oh! yo le apreciaba, si,
y él sin compasion de mi,
se burlaba sin piedad.
Y esta noche, al fementido
ya impaciente le esperaba
sin saber que me engañaba!
GAR. Ved que todo se ha perdido
si él aqui nos sorprendiera
con los suyos, yo espirando
caeria, por vos lidiando,
mientras ya su prisionera
quedabais.
LEO. Si, si, á marchar
vamos al punto.
GAR. (*ap.*) En mis brazos
se arroja, sin que los lazos,
en que cae dé en sospechar.
(*alto.*) Partamos.
LEO. Si, si... mas no,
aguardad un solo instante,
fuera una accion infamante
huir solamente yo,
y dejar desamparado
á mi anciano padre, solo,
á la venganza y al dolo
de mi enemigo entregado.
GAR. No importa, salvaos vos,
que es lo que interesa mas,
y abandonad lo demas
á la voluntad de Dios.
LEO. Ah! no, no; antes que huir
á mi padre abandonando,
prefiero sola, luchando
contra mi raptor morir.
GAR. (*ap.*) Contraria estrella es la mia,
mas pues la ocasion me ampara,
si de robarla dejára
verguenza infame seria.
(*llamando por el fondo.*)
Roberto, pronto á mi, hola! (*á Leonor.*)
Pues no me quereis seguir,
inútil es el fingir;
sabed que estais aqui sola.
LEO. Ah! cobarde villania.
GAR. Tened la lengua callada;
sabe que estas, desgraciada,
en poder de D. Garcia.

ESCENA IV.

Dichos, DON FERNANDO, *por el fondo, calada la visera.*

GAR. Seguidme.
FER. Atrás el villano.
GAR. A mi villano!
FER. Si, á vos.
Haceos atrás, vive Dios,
que os juro que de mi mano
el peso habeis de sentir,
ó ante mis plantas caido,
la espada como un bandido
postrado habeis de rendir.
GAR. Rendiros yo asi mi espada...
vos sois quien debeis aqui
tener delante de mi
levantada la celada.
FER. Si la quereis levantar
venid á mi.
GAR. Si... mas no,
seria mengua que yo
fuera con vos á lidiar.
Sabeis quién soy?
FER. He sabido
que en Navarra sois el rey,
mas ultrajando á la ley,
aqui en Castilla, un bandido.
Si, no os asombre saber
que solo un bandido os llame,
cuando habeis venido, infame,
á robar una mujer.
LEO. Con que el traidor me engañaba?
FER. Si, os engañaba, Leonor;
solo él contra vuestro honor
cobarde y vil conspiraba.
El, que rey se osó llamar
porque ciñe una corona,
signo noble, que no abona
si no hay justicia al obrar.
Torpe rey, que en oprimir
solo á tu pueblo has pensado,
prepárate que ha llegado
tu momento de morir.
Aqui ya no sois el rey,
sois un alma condenada,
que os castiga con mi espada
de Dios la suprema ley.
GAR. Pues bien, el infierno mismo
mi rabia secundará,
y horrendo te arrojará
sobre su inflamado abismo. (*riñen.*)
ROD. (*dentro.*) Aqui está el traidor, soldados.

GAR. Oh! mis valientes, volad,
y que caiga sin piedad
á nuestros golpes airados.
LEO. Dios mio, dad á su espada
de la victoria el valor,
que en ella estriva el honor
de esta mujer desdichada.
FER. No temais, no triunfarán,
que aunque vengan mas bandidos,
ante nuestros pies rendidos
á el instante quedarán.

ESCENA V.

Dichos, Roberto, seguido de algunos hombres de armas penetra en la escena, y acomete á Don Fernando; mas á el oir á los ballesteros de Castilla, la abandona seguido de los suyos. Hasta el fin de esta escena, se percibirá ruido de armas. Don Fernando, al entrar Roberto, tocará una trompa de caza que llevará pendiente de un cordon, y poco despues se escuchará gritar dentro, á los ballesteros de Don Fernando, este verso.

SOLDADOS. (*dentro.*) Castilla por D. Fernando.
FER. (*á don Garcia que habrá quedado ya solo.*)
Aunque haceis de diestro alarde,
os veo como un cobarde
delante de mi cejando.
GAR. No.
(*dentro repiten otra vez, aunque mas cerca.*)
Victoria por Castilla.
FER. Si el vencimiento desgarra
tu pecho, rey de Navarra,
ve allí á llorar tu mancilla.
Y sabe que de la ley
siempre noble defensor,
es tu solo vencedor
de Castilla el fuerte rey.
(*al decir este verso se alza la visera.*)
GAR. Ah! mi hermano, maldicion. (*huye.*)

ESCENA VI.

DON FERNANDO, LEONOR.

LEO. Vos el rey?
FER. De qué te espantas?
LEO. Permitid que á vuestras plantas...
pues solo mi salvacion
he debido á vuestra alteza.
FER. Si soy un rey, no os asombre,
dadme, Leonor, otro nombre
que cuadre á nuestra franqueza.
Dejad un título vano
que, por si solo, no es nada,
mas, que me apreciéis, me agrada
como á un franco castellano.

ESCENA VII.

Dichos, SANCHO FORTUÑO, *y algunos ballesteros de D. Fernando.*

LEO. Ah! padre mio. (*arrojándose en sus brazos.*)
SAN. Leonor!
Quisieron robarte!!!
LEO. Si,
mas padre, mirad aqui
mi bravo libertador.
SAN. Gustavo?
LEO. No. D. Fernando,
rey de Castilla y Leon,
es el audaz campeon
que absorto estais contemplando.
SAN. El rey!
LEO. Guzman, perdonad
que con nombre disfrazado,
me haya en vuestra casa entrado
á obtener vuestra amistad.
Que no he querido venir
con pompa y orgullo vano,
cual monarca castellano
vuestro afecto á recibir,
sino cual noble soldado,
que sin mas bien que su espada,
que le amen solo le agrada
por lo valiente y honrado.
Siendo asi, mi corazon
de orgullo lo siento lleno,
pues libre está del veneno
de servil adulacion;
porque entonces no es al rey
á quien aman, sino á el hombre,
mísero hijo sin nombre,
del pueblo á quien llaman grey.
SAN. Digisteis bien, D. Fernando,
á el déspota poderoso
se le recibe afectuoso
mientras conserva su mando.
Mas si algun dia caido
se encuentra ya y sin favor,
entonces todo el horror
que el pueblo le hubo tenido
mientras bajo él suspiraba,
le muestra en su enojo insano;
porque ya no es el tirano
que con la fuerza mandaba,
sino un hombre sin honor,
lleno de pavor servil,
con las ideas de un vil
y el corazon de un traidor.
Mas no asi el pueblo ve en vos
un ominoso tirano,
sino un justo soberano
sombra en la tierra de Dios.
Un noble y benigno rey
que desde el noble á el pechero,
os llaman el justiciero,
y el fiel sostén de la ley.
FER. Guzman...
SAN. Atended, señor,
que á quien no estimo, no alabo,
si bueno era ayer Gustavo,
hoy D. Fernando es mejor.
FER. Pues si tanto me apreciais,
á mi fuerte campamento
marchar en este momento,
espero no os opongais.
SAN. Nosotros, señor?..
FER. Si, vos.
Aqui, ante la furia impia
del traidor de D. Garcia
osareis quedar los dos?
Acaso olvidais, Leonor,
que en este mismo aposento
quedasteis, hace un momento,
entregada á su furor?
LEO. No, jamas olvidaré
tan torpe y villana accion,
al par que en mi corazon

vuestro esfuerzo grabaré.
AN. Si, partamos sin tardanza,
que en el combate del dia,
yo buscaré á D. Garcia,
con el hierro de mi lanza.
E iguales en fuerza y ley,
romperé en mi arrojo fiero,
mi lanza de caballero
contra su frente de rey.
ER. Guzman, ved...
AN. No tan villano
soy cuanto muestra mi traje,
con él encubro un ultraje
que es un misterioso arcano.
Cuando ante mi fiera saña
quien me afrentó haya espirado,
le descubriré, vengado,
ante la faz de la España.

ESCENA VIII.

Dichos, D. TELLO.

ELLO. Al seguir atacando á D. Garcia
hasta el pie de su mismo campamento,
he podido escuchar, hace un momento,
el clarin á sus gentes convocar.
Y á sus tiendas mirando con cuidado
he visto á el resplandor de las hogueras,
sus soldados do quier las armas fieras
con presteza solícita empuñar.
ER. Vos, Guzman y Leonor, pronto, partamos.
D. Tello, de mis fieles castellanos,
sacad los ballesteros veteranos
que nuestros flancos deberán cubrir.
ELLO. Partid pronto, señor; ya por el monte
D. Garcia y la gente de su bando,
resueltos hácia aqui vienen marchando,
sus armas con las nuestras á medir.
ER. Dejadlos, pues, que hasta nosotros lleguen.
Qué importa su soberbia y su bravura?
Aqui en las sombras de la noche oscura
á nuestro airado esfuerzo cederán.
Si luz nos falta, las ardientes llamas
que abrasarán sus reales destrozados,
en medio de estos campos dilatados
nuestro glorioso triunfo alumbrarán.
A su encuentro venid, bravos soldados,
y que solo sus míseros despojos
se presenten do quier á nuestros ojos
cuando aparezca el venidero sol.
Hagamos ver á el asombrado mundo
que para combatir con osadia,
ni aun la radiante luz del claro dia
necesita el intrépido Español.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala del caserio donde está aposentado D. Fernando. os puertas laterales, y una ventana; una puerta en el ondo; un hogar encendido. Noche.

ESCENA PRIMERA.

MANRIQUE, ROBLEDO.

OB. (*entrando.*) Salud, Manrique.
MAN. Robledo,
Dios os guarde.
ROB. Por piedad
mas leña añadid á el fuego,
y haceos un poco atrás; (*sentàndose.*)
si sigue reinando asi
este espantoso huracan,
mas tieso que una sardina
me voy á la eternidad.
MAN. Robledo, que como á un niño
os vea yo asi temblar?
Que tanto al frio temierais
no me imaginé jamás.
Yo crei que vuestro temple
y ese arreo militar,
os tornáran en un mozo
con mas fuegos que un volcan.
ROB. Lo que es mi temple, Manrique,
no sé que calor tendrá,
pero la férrea armadura
adquiere una frialdad,
que si asi sigue, yo os juro
que no la podré aguantar.
MAN. Sufridla por esta noche,
que á la primera señal
con que despunte la aurora,
fuerza es á la lid marchar.
Alli entre el duro egercicio,
y entre el retintin fatal
de los templados aceros,
Robledo, os puedo jurar,
que mas de lo que quisierais
sudareis, con el afan
de tomar pronta venganza
de esa canalla infernal.
ROB. Manrique, teneis razon;
de rabia me enciendo ya;
la sangre hierve en mis venas
tan solo á el considerar,
que mañana podré osado
entre el combate marcial,
castigar de esos rebeldes
la osadia y el desmán,
vertiendo su sangre impura
que á torrentes correrá.
MAN. Asi me gustais, Robledo;
esa sed de batallar
que abrigais tan noblemente;
ese belicoso afán
por destruir esa tropa
sin honor ni lealtad,
en el reñido combate
victoria y prez logrará.
ROB. No ansio gloria ninguna,
solo ambiciono el triunfar
del Navarro, y fio en Dios
que á nuestra causa dará
el premio de la victoria,
que Dios premia la equidad.
MAN. Si, Robledo, la justicia
á nuestro favor está.
El navarro fementido
rompió su fè desleal,
quiso traidor y cobarde
á su hermano asesinar,
mas no pudiendo su infamia
conseguir tan negro plan,
con sus tercios aguerridos
Castilla empieza á talar,

El espera con la fuerza
nuestro valor humillar,
para, despreciando inicuo
las leyes de humanidad,
á su hermano en un cadalso
como á un vil asesinar.
Por este medio, imagina
con toda seguridad
de Castilla y de Leon,
la corona arrebatar,
undiéndonos á nosotros
bajo su carro triunfal.
Mas, ay del rey D. Garcia:
que vale que en necio afán
con sus huestes por Castilla
se meta cruel y audaz?
Que vale que á sus soldados
traiga imprudente á lidiar,
si sus viles pensamientos
jamás cumplidos verá?
El juzga que aqui en Castilla
podrá triunfante reinar,
porque ha olvidado en su enojo
que hay brazos que se alzarán,
su poder y su bravura
con bizarria á cortar.

ROB. Asi será, mas decidme,
volvió D. Fernando ya
de ese nocturno paseo
que ha seis noches suele dar,
por fuera del campamento?

MAN. Aun no volvió.

ROB. Voto á San,
que ese singular paseo
mucho me da en que pensar.
Sin duda que importantísimo
algun asunto será,
el que le obligue á salir
aun hoy mismo?

MAN. No en verdad.
Solamente el campamento
de D. Garcia espiar,
y el pasar á esa espesura,
que no muy lejana está,
donde quedan sus soldados
siempre en centinela audaz,
mientras en una alqueria
se entra él solo á descansar.

ROB. Dios quiera que ese descanso
no nos ocasione un mal.

MAN. Un mal decis?

ROB. Si, Manrique.
No conoceis que podrán
sorprenderle fácilmente
los de Navarra?

MAN. No tal,
que sus bravos ballesteros
junto á la alqueria están,
y primero perecieran
en combate desigual,
que como tropa cobarde
á su rey desamparar.

ROB. Asi sea. Mas, Manrique,
deseo impaciente ya
que dé el sonoro clarin
del combate la señal.

MAN. Robledo, no lo dudeis;
quizá mañana será,
que hartos dias esperamos
aqui, con ardiente afán,
en tanto que Doña Sancha
ajustar quiere la paz.
Mas es pensamiento vano;
sangrienta guerra no mas
es lo que puede la reina
de D. Garcia esperar.
Por eso, amigo Robledo,
mañana rompemos ya
esta trégua, que al principio
no debimos aguantar.
Mañana, si, nuestro brazo
la espada librará audaz,
y en la córte de Navarra
nuestro pendon clavará.

ROB. Mas no percibis rumor?

MAN. No.

ROB. Si, un momento escuchad.

MAN. En efecto, será el rey
que á la tienda volverá.

ESCENA II.

Dichos, DON FERNANDO, LEONOR, SANCHO FORTUÑ
y ballesteros, que luego se retiran capitaneados por DON TELLO.

FER. Valientes soldados, gracias;
á vuestras tiendas tornad,
que es preciso que mañana,
de la aurora al despuntar,
dé el ronco clarin guerrero,
del combate la señal,
pues en él todos debemos
pronta venganza tomar,
del traidor, que en esta noche
soñó vencernos. Marchad.
Leonor, calmad vuestra cruel angustia:
que no mas el amargo sentimiento,
con su dolor y pena asoladores,
acibaren la paz de vuestro pecho.
Libre ya del traidor que ardiendo en ira
quiso atacarnos de venganza lleno,
á mi lado os mirais, con vuestro padre
en medio de mi régio campamento.
Solo la dulce paz, la paz perdida
que alegre recobreis es mi deseo.

LEO. Esa paz que anhelais que ahora disfrute,
en este instante recobrar no puedo.
La angustia, la fatiga, el sobresalto
que he recibido por el monte espeso,
cruzando al retirarnos, ha oprimido
como una mano de pesado hierro
tanto mi corazon, que me ha cortado
casi el dificil y penoso aliento.

SAN. Aqui tranquila recobrarle puedes,
que un breve espacio de apacible sueño
dará quietud á el ánimo agitado,
y alegria y solaz á el dulce pecho.

FER. Manrique, haz que Jimena en este instante
venga al punto contigo á este aposento.
(*Manrique se retira por la derecha.*)

ESCENA III.

Dichos, menos MANRIQUE.

SAN. Leonor, hija del alma, ese quebranto
que á turbar vino tu feliz sosiego,
procura desechar.

o. Con el descanso,
en breve tiempo remediarle espero.
Padre no imagineis, porque agitada
me veis ahora, que cobarde miedo
mina mi corazon; solo es cansancio
de venir hasta aqui siempre corriendo,
por medio de este bosque pantanoso,
sin encontrar camino ni sendero.
Que congojosa noche! Hasta sus rayos
la candorosa luna, allá en el cielo
lóbrega retiró, velando triste
su nacarada faz, entre el siniestro
y lúgubre crespon con que las nubes
enlutan el risueño firmamento.

ESCENA IV.

Dichos, MANRIQUE *y* JIMENA.

B. Jimena, en esa estancia aqui vecina,
mandad al punto disponer un lecho,
donde esta bella y afligida jóven
descanse en brazos de apacible sueño.
Tú su dama serás; sírvela atenta
con tierno afecto y cariñoso esmero.
(*á Leonor.*)
Leonor, si es que gustais, desde este instante
os podeis retirar.
o. Voy al momento,
que solo un hora de feliz reposo
dará la calma á mi agitado pecho.

ESCENA V.

DON FERNANDO, SANCHO FORTUÑO.

R. Manrique, en ese próximo aposento
con Robledo mis órdenes espera.
(*se retiran por la izquierda.*)
Vos, noble Guzman, tomad asiento
ante esa roja y chispeante hoguera,
y alejad de vuestra alma el sentimiento;
que amarga mengua á vuestro brio fuera
del combate alvergar desconfianza,
cuando esperais ansioso la venganza.
N. No es el dudar del triunfo del combate
lo que á mi triste corazon da pena;
otro dolor mayor es el que abate
á mi aciaga existencia, que envenena
cual ponzoña letal y asoladora,
del deshonor la mancha aterradora.
Es una lucha que en la mente mia
se agita sin cesar; es una idea
ante la cual sucumbe mi osadia,
y que al quererla huir, mas la desea:
es una idea que me acosa impia,
sin que otro medio en mi deshonra vea,
con que lavar la afrenta que ha empañado
mi antiguo nombre nunca mancillado.
R. Pues tanto el recordarla os amedrenta,
sin duda alguna que será temible?
N. Si, don Fernando; es muy cruel, sangrienta:
tanto mas formidable y mas horrible,
cuanto al pensar en ella mas se aumenta,
y torna al corazon menos sensible:
á su recuerdo solo, si pudiera,
toda la sangre del traidor vertiera.
R. Si es que mi apoyo remediar en algo
pudiera vuestro afan, sin mas tardanza
descubrios á mi; por cuanto valgo,
decidmelo con toda confianza;
por fiador con mi cabeza salgo,
de que hallareis al fin vuestra venganza;
donde, infeliz, se ocultará el villano
que no le alcance mi potente mano?
SAN. No muy lejos de aqui; mas no bastára
para él vuestro esfuerzo y bizarria,
si esquivarlos prudente imaginára:
de vuestra rabia acaso se reiria,
y aun de la misma fuerza se burlára,
si hoy no le hundiera su fortuna impia;
que aunque él se mofa de su negra suerte
solo le espera ya sangrienta muerte.
FER. De mi poder burlarse? Es imposible.
Cómo podrá existir uno que osado
se atreva á dar un paso tan temible?
Si alguno hubiera que traidor y airado
arrostrára mi cólera terrible,
de mi justicia y trono respetado,
la recta ley su crimen castigára
y en cenizas al punto le tornára.
Dónde escondiera su fatal mancilla
el traidor que mis órdenes burlase?
Dónde encontrára una rebelde villa
que en su cobarde fuga le amparase,
sin que al soberbio trono de Castilla
aun dentro de sus muros no temblase?
Al llamar mis leones á la guerra,
¿quién no temiera en la asombrada tierra?
El Portugal, con su renombre vano,
huyó al mirar mis fuertes escuadrones,
y entre las presas del combate insano,
donde dejé tendidas sus legiones,
su mismo gefe me entregó en mi mano,
ya vencidos y rotos, sus pendones,
mientra en sus torres y baluartes dueña
al viento daba mi triunfante enseña.
El arrogante y victorioso moro,
al quererme atacar con sus infieles,
negando el feudo que me daba en oro,
rotos miró y dispersos sus gomeles;
su oriflama perdida y su tesoro,
y sus vencidos restos, cual lebreles
que acosa y sigue cual su sombra el miedo,
entrar huyendo en la imperial Toledo.
Leon tambien con su pujanza y brio
cruzó impaciente la nevada sierra,
y audaz entrando por el reino mio
quiso asolarle con su cruda guerra,
y en la fatal contienda yerto y frio
viendo á mis golpes su monarca en tierra,
sus vasallos entonces me aclamaron
y por rey de Leon me coronaron.
En los dominios de la estensa Europa,
hoy respetan mis armas y mis leyes,
temiendo todos que mi fiera tropa
destroce sus soldados y sus reyes;
que ante el pendon morado de Castilla
tiembla el cristiano, el árabe se humilla.
Asi, Guzman, decidme prontamente
el nombre del traidor que os ha ultrajado,
que aunque sostenga su cobarde frente
la diadema de un reino dilatado,
rompérsela sabré bizarramente
por haberla villano deshonrado,
que el rey que infame á su vasallo ultraja
su trono mancha y su poder rebaja.
SAN. El nombre del traidor que haciendo alarde

de su inmenso poder y su grandeza
mi deshonor logró, fuerza es que guarde
aqui en mi corazon con entereza,
hasta que al castigar su villania
muestre mi honor ante la luz del dia.
Cuanto os puedo decir, es que el infame
que el limpio honor de mi blason desgarra,
cuando el clarin para lidiar nos llame
le hallaré entre los tercios de Navarra,
donde á los botes de mi fuerte lanza
pienso encontrar felice mi venganza.
Entonces yo tambien, altivo y fiero,
usaré de mi nombre respetado,
que aunque hoy bajo este sayo tan grosero
me mantengo escondido y sepultado,
cubierto altivo del arnés guerrero
espuelas de oro indómito he calzado;
que si hoy la suerte oscureció mi gloria,
algun dia me dió prez y victoria.

FER. Pues bien, Guzman, si en el combate, ansioso
esperais vuestro honor dejar vengado,
ceñid al punto del arnés glorioso
vuestro pecho valiente y ultrajado.
A ese aposento entrad, donde oficioso
Manrique os dispondrá firme y templado
un trage de lidiar, en cuya malla
se embotará el acero en la batalla.
Ese villano saco que hasta ahora
vuestro nombre encubrió, y esos trebejos
para siempre arrojad, que ya la aurora
del vecino orizonte no está lejos,
para alumbrar la lucha destructora
con la brillante luz de sus reflejos,
donde á favor de vuestro impulso fiero
recobreis el honor de caballero.

SAN. Y donde al par que vengue mi persona
con firme esfuerzo y brazo denonado,
vuestra régia corona
defienda bravo cual leal soldado;
que si mi causa la justicia abona,
el golpe que mi honor deje lavado
al traidor arrancándole la vida,
vuestra guerrera lid tal vez decida.
(*se retira por la izquierda.*)

ESCENA VI.

DON FERNANDO, LEONOR.

FER. Tan pronto aqui, Leonor?
LEO. Me he figurado
de mi padre escuchar la voz airada,
y un peligro temiendo, acelerada
de mi tranquilo lecho me he lanzado.
Ah! perdonad, señor, aqui en mi mente
un sombrio y fatal presentimiento
abrigo á mi pesar, que turbulento
acibára mi pecho tristemente.
Es una sombra que do quier terrible
delante de mis pasos abanzando,
con fatídica voz me está anunciando
que esta noche ha de serme harto terrible.
FER. Leonor, ese fantasma que horroroso
causa cruel vuestro voraz martirio,
es creacion, sin duda, de un delirio
forjado en vuestro sueño pavoroso.
Creedme, desechad esa quimera
que osó turbar vuestro reposo, airada;
si algun peligro positivo hubiera,
cejára al punto ante mi fuerte espada.
Calmaos; quién Leonor aqui podria
alzar su sola voz en contra vuestra?
De mi potente y formidable diestra
quién la furia á arrostrar se atreveria?
Mientras esteis, Leonor, aqui á mi lado
y en medio de mi régio campamento,
vuestro nombre será siempre escuchado
con el mas respetuoso rendimiento.
Que no en valde mis bravos caballeros
tienen fama de honrados y galantes,
al paso que esgrimiendo los aceros
las adquieren en las lides de arrogantes.
LEO. No sé sobre el dominio de mi alma
que influjo egerceis vos inusitado,
que al veros cobro mi perdida calma,
creyéndome feliz á vuestro lado.
Sois el angel que en dias mas hermosos
me fingia en mi loca fantasia;
enmedio mis ensueños deleitosos
embriagados de luz y de armonia.
De aquella edad en que gocé dichosa
de encantos inocentes é infantiles,
pura y tranquila cual la fresca rosa
velada entre el jazmin de los pensiles.
Entonces ¡ay! juzgaba que veia
enmedio de mi ensueño vaporoso,
un angel que apacible y generoso
su amistad y su apoyo me ofrecia.
Y mi orfandad cubriendo con su manto
el peligro de mi siempre apartaba,
y hora conmigo en mi placer gozaba,
hora en mis duelos derramaba llanto.
Esa incansable sombra que me acosa
y que á mi encuentro sale inoportuna,
una escena me anuncia desastrosa
que á sucederme va sin duda alguna.
Mas que el angel sois vos, ya no lo dudo,
que miraba en mi ensueño deleitoso;
si, vos sereis el formidable escudo
que á el peligro me arranque generoso.
En medio de este vértigo terrible
que parece la voz de mi destino,
tan solo en vos, mi corazon sensible
de poderse salvar halla el camino.
Solo en vuestra amistad, señor, confio.
FER. Bien podeis confiar, Leonor, en ella,
que á mi poder unida y á mi brio
amparará vuestra existencia bella.
Si alguno el agraviaros intentára
y á ejecutar su intento se atreviera,
sobre mi helado tronco antes pasára
que su horrible delito consiguiera.

ESCENA VII.

Dichos, DON TELLO.

TEL. Un emisario del conde
de Burgos, que acaba ahora
de llegar á el campamento,
desea tener la honra
de poder hablar con vos.
FER. Decid que al rayar la aurora
puede volver.
LEO. (*á don Tello.*) Aguardad.
Tal vez sea alguna cosa
de importancia y necesite

alguna entrevista pronta.
Recibidle, que yo en tanto
aqui á la cámara próxima
me retiro.

ER. (*á don Tello.*) Dejad que entre.

ESCENA VIII.

DON FERNANDO, LEONOR.

ER. Leonor, al rayar el alba
volveré otra vez á veros,
hasta entonces procurad
que ese pavoroso espectro
no atosigue vuestra mente
con su fatídico ensueño.

EO. Tanta esperanza me ha dado
vuestro valeroso acento,
que esa sombra silenciosa
tornar á ver nunca espero.

ESCENA IX.

ON FERNANDO, GONZALO, *que observa á* LEONOR *al retirarse esta.*

ER. Asi me place Leonor;
á vuestro angustiado seno
torne otra vez la alegria,
y esas fantasmas del miedo
no vuelvan mas á aflijiros.

ON. (*ap.*) Sin duda me guia el cielo!
Esa es Leonor!.. por mi fé,
que llegar á mejor tiempo
jamás hubiera podido.

EO. A Dios, señor.

ER. (*á Leonor.*) Hasta luego.
(*Leonor se retira por la derecha.*)

ON. El noble conde de Burgos
mi ilustre señor y dueño,
no muy distante de aqui,
y á la impaciencia cediendo
de anunciaros que á la aurora
avistará el campamento
con cuatrocientos ginetes
y unos dos mil ballesteros,
me ha mandado adelantarme
para anunciaros mas presto
su llegada, y ofreceros
hasta tanto sus respetos.

ER. Harto cierto estaba yo
que el conde, con sus guerreros,
asistiria valiente
á combatir el primero,
contra quien tala mi tierra
entrándola á sangre y fuego.

ESCENA X.

Dichos, SANCHO FORTUÑO.

ER. Guzman, el conde de Burgos
me envia este mensagero,
para anunciar su llegada
á mi règio campamento
al despuntar de la aurora.
Ya mirais que á mejor tiempo
jamás pudiera venir
tan valeroso guerrero,
á prestarnos con su gente
tan importante refuerzo.
Asi, Guzman, ya es preciso
que el combate presentemos
á la llegada del dia,
el necio orgullo abatiendo
del insolente navárro,
que en su injusto desafuero,
osó quebrantar perjuro
la fé de su juramento.

SAN. Al ver, señor, estas mallas
cubrir mi ofendido pecho,
recuerdo el limpio blason
que sustenté en otro tiempo,
y que hoy pienso recobrar
en el combate sangriento.
Ah! si pudierais mirar
la amargura y el veneno
que despedazan horrìbles
con un dolor sordo y lento
mi corazon abrumado
de tantos padecimientos,
no diriais, *es preciso*
que el combate presentemos,
sino á morir ó vencer
gritárais de furia lleno,
esgrimiendo en faz horrible
el ya desnudado acero.

FER. Guzman, templad un instante
vuestro entusiasta ardimiento,
que ya la vecina aurora
del oriente no está lejos,
que ha de darnos la señal
del ya deseado encuentro.
En tanto, vamos al campo
á disponer los guerreros,
y á marcar á cada gefe
sus soldados y su puesto.
A vos, valiente Guzman,
os confio el mando entero
de unos cuatro mil peones
y mil quinientos pecheros,
que son en Leon nacidos
y ginetes harto diestros.

SAN. Señor, permitid no admita
encargarme de ese puesto
tan honorífico y noble;
no es porque no sienta el celo
que un buen gefe necesita
para mandar á sus tercios,
sino porque habrá otros muchos
en vuestro bizarro egército,
mas prudentes y aguerridos
que yo, pobre y débil viejo.

FER. Guzman, escusas son esas
que anuncian un caballero,
y que por lo tanto afirman
mi acertado nombramiento.
Ninguno, Guzman, cual vos
siente animado su pecho,
ninguno que arda impaciente
de la venganza en el fuego,
ni que de lavar su honor
le agite el dulce deseo,
con la sangre corrompida
de quien le afrentó soberbio.
Asi, Guzman, que cumplais
mi voluntad hoy espero.
(*Á Gonzalo.*)
Y vos, hasta que yo vuelva,

quedad en este aposento,
pues tengo que remitir
á vuestro conde unos pliegos,
y es preciso que salgais
á encontrarle en breve tiempo,
para que ataque la espalda
de los enemigos tercios.
Ahora marchemos nosotros
al pabellon del de Olmedo.
(*se retira con Sancho Fortuño por el fondo.*)

ESCENA XI.

GONZALO.

Marcha, si, ve, noble rey
á entusiasmar tus guerreros,
en tanto que tu enemigo
en las traiciones maestro,
te roba lo que tú encierras
en tu mismo campamento,
sin que impedírselo pueda
la hidalguia de tu pecho,
ni el poder y fortaleza
de tu victorioso acero.
Mas qué aguardo? Presuroso
y rápido vuela el tiempo,
y don Fernando vendrá
pasados unos momentos,
y entonces, todo es perdido...
Si astuto no me aprovecho
de su ausencia, nada vale
mi hipócrita fingimiento.
Asi pues, en este instante
tan solo en obrar pensemos.
Si sacar logro á Leonor
de esta tienda, y en silencio
con el engaño y la astucia
la llevo hasta el campamento
de D. Garcia, mil doblas
de oro será mi premio.
Esto es lo que á mi me importa,
lo demas no vale un bledo,
reciba yo las monedas
y aunque se hunda el mundo entero.
Mas aqui llega.

ESCENA XII.

GONZALO, LEONOR, JIMENA.

GON. Señora,
el rey me manda á buscaros,
y su órden para anunciaros
á vuestro encuentro iba ahora.
LEO. Pues no hace un corto momento
que aqui mismo le hablé yo?
GON. Cierto; mas luego salió
revisando el campamento;
y del duque al penetrar
allá en la tienda postrera,
el que hasta allí os condujera
tuve el honor de escuchar.
LEO. Entonces, partamos luego,
Jimena, acompañamé,
que hasta que á su lado esté
no puedo encontrar sosiego.
(*se retiran por el fondo.*)

ESCENA XIII.

MANRIQUE, ROBLEDO.

MAN. Parece que ya la aurora
las sombras va desterrando,
y al orizonte abanzando
ya el firmamento colora.
ROB. Si, mas su dorado coche
envuelto en nubes de grana,
con la luz de la mañana
no alumbra la oscura noche.
Su clarida es tan incierta
que casi al brillar se apaga,
y lucir ó ahogarse amaga
como una luz casi muerta.
Mas bultos veo á lo lejos,
sino engañan á mis ojos
los fulgores medio rojos
que el dia lanza en reflejos.
MAN. Tal vez, Robledo, serán
el rey y sus caballeros.
No ois crugir los aceros
de las cotas?
ROB. Si, aqui están.

ESCENA XIV.

Dichos, DON FERNANDO, SANCHO FORTUÑO, *varios caballeros armados de punta en blanco.*

FER. Visteis, Guzman, el entusiasmo noble
con que á lidiar se aprestan mis guerreros
De ese Navarro hipócrita y perjuro
el numeroso y formidable ejército,
antes que el sol con su fugosa lumbre
radiante brille en la mitad del cielo,
roto y vencido, quedará humillado,
á nuestras plantas su pendon rindiendo.
Mas, ¡ay! Guzman, si vierais cual se agita
con rápido latir mi triste pecho?
Si en él patente, á mi pesar, mirarais
el aciago y horrible pensamiento
que me asalta do quier?
SAN. Que es lo que escucho
á vuestro corazon tal vez el miedo
de vencido quedar, pudo asaltarle?
Asi dudais del valeroso esfuerzo
que en cien combates pródigos mostraron
vuestros fieles é intrépidos guerreros?
Mengua seria, que el honor manchára
de vuestro fuerte y respetado cetro!
FER. No es pavor, buen Guzman, que asalte impio
á mi valor probado en cien encuentros
lo que me agita asi, que baldon fuera
por mi vida temblar; es que entreveo
en medio de la lucha encarnizada,
al enemigo rey caer muriendo
sobre la roja arena, traspasado
su corazon con el sangriento acero.
Es mi hermano, Guzman, y aunque un villano
ha sido siempre para mi, en mi seno
aun hay cenizas que perennes viven
del fraternal y sacrosanto fuego.
SAN. Justo es, D. Fernando, que cual noble
compadezcais á su destino adverso;
mas es preciso que cual fiel soldado

el honor defendais de vuestro reino,
y que vuestro dolor sacrificando
atendais solo á su interes primero.
ER. Guzman, de mis deberes no me olvido,
ni de mi patria al bien me muestro ageno,
aunque su muerte como hermano llore,
como monarca mi deber cumpliendo,
si en el combate por mi mal le hallase,
la cruda muerte le dará mi acero.
Guzman, mientras anuncian los clarines
con su sonoro y belicoso acento
el instante fatal, á vuestra hija
demos acaso nuestro á Dios postrero.
Manrique, á Leonor pasad aviso
y hasta aqui conducidla.

ESCENA XV.

Dichos, menos MANRIQUE.

ER. Y vos, Robledo
asentad; que es preciso que al de Burgos
escribais al instante en este pliego,
para que abance hasta atacar la espalda
del enemigo campo, pues cortado
solo les resta el miserable medio
de morir, su existencia disputando,
ó á mi pendon rendirse prisioneros.

ESCENA XVI.

Dichos, MANRIQUE.

AN. Señor, en vano con presteza suma
he corrido do quier ese aposento;
solo á mi voz ha contestado sordo
en su recinto solitario, el eco
que á perderse y morir iba lejano
por sus salones tristes y desiertos.
AN. Manrique, que decis? Es imposible.
AN. La verdad sola es lo que estais oyendo.

ESCENA XVII.

Dichos, despues JIMENA.

ER. Si algun traidor... mas que rumor resuena?
(*mirando por la ventana.*)
Qué murmura esa gente ahi apiñada?..
Quién penetra hasta aqui? Cielos! Jimena,
ah! todo lo comprendo, desdichada.
(*á Jimena.*)
En donde está Leonor, pronto, responde,
responde, por tu vida?
IM. La han robado.
AN. La han robado! Gran Dios!..
ER. Dime, y dónde
ese raptor cobarde la ha llevado?
Dime pronto, quién es?
IM. El que fingia
ser del conde de Burgos mensagero,
y era solo un cobarde caballero
que vino aqui sirviendo á D. Garcia.
Lejos al verse ya del campamento
y en medio de unas tropas de su bando,
torna, me dijo audaz, *corre al momento*
y lleva esta noticia á don Fernando.
Dile que de Leonor hoy se despida,
pues guardada entre fuertes torreones
para que al fin la llore ya perdida
no le valdrán sus lanzas ni leones.
Y di á Guzman, que pues su estrella impia
arrebatarle quiso esta hermosura,
la verá en su dolor y en su amargura
en poder del monarca don Garcia.
SAN. Eso no, vive Dios; primero el orbe
mil pedazos se hará; quizá mi lanza
antes de un hora ese placer le estorbe,
su corazon rasgando en mi venganza.
(*es de dia. Se oyen clarines.*)
FER. Si, venganza; no ois el limpio acento
que al pecho enchido de valor inflama?
Es la trompa marcial que al campo llama
quien busca gloria entre el lidiar sangriento.
Si hoy adversa nos fuera nuestra suerte,
juradme por la fé de caballeros,
que antes que doblegar vuestros aceros
lidiando alcanzareis gloriosa muerte.
Lo jurais, castellanos?
TODOS. Lo juramos.
FER. Con ese noble aliento y bizarria
ya la victoria nos prepara el dia.
A lidiar con honor pronto salgamos,
y con sangre al lavar nuestra mancilla
hagamos ver, que si en su orgullo vano
alguien nos reta hasta el combate insano,
polvo le harán las armas de Castilla.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Salon de armas, de un castillo, no muy distante de Burgos. Dos puertas laterales á la izquierda; una á la derecha, y otra en el fondo.

ESCENA PRIMERA.

DON GARCIA, DON RAMIRO.

GAR. Ramiro, que es el luchar
inútil, bien imagino,
contra el aciago destino
que á mi fortuna ha de hollar.
Mas sin embargo, arrostrarle
sabré cual firme soldado,
y en vez de esquivarle, osado
prefiero desafiarle.
Si de mi estrella el fulgor
hoy se apaga por mi mal,
en lucha tan desigual
sucumbo, mas sin temor!
RAM. Aun será fácil hallar
quien al interés vendido,
se muestre al fin decidido
vuestra evasion á amparar.
Entonces en vuestra tierra
con riquezas y con gente,
¿quién osaria imprudente
llevaros alli la guerra?
Nadie, que al solar ageno
no es lo mismo el atacar,
que el defenderse y triunfar
dentro del propio terreno.
GAR. Harto caro lo aprendi!
Allá en Navarra triunfé,
y en cuanto en Castilla entré
roto y disperso me vi.

Allá en mi reino, los moros
mil veces se adelantaron,
y á mi valor se humillaron
y rindieron sus tesoros.
Los despojos y la préz
que mis triunfos consiguieron,
por fin me desvanecieron
aumentando mi altivéz.
Y como á esos africanos
á quienes siempre vencí,
derrotar tambien crei
á esos fieros castellanos.
Mas al entrar por su tierra
con riquezas y con gente,
osando audaz é imprudente
traer hasta aqui la guerra.
Supe que al solar ageno
no es lo mismo el atacar,
que el defenderse y triunfar
dentro del propio terreno.
Que aqui entre pérfida saña
albergue da cada choza
á quien mis gentes destroza
antes de entrar en campaña.
Que aqui todos por do quier
contra mi se amotinaron,
y las armas empuñaron
para mi esfuerzo vencer.
Mas si hoy mi destino insano
me arroja en mi negra suerte,
para recibir la muerte
sobre el suelo castellano,
no importa; sucumbiré,
mas será con la esperanza
de que en mi aciaga venganza
tambien los alcanzaré.

RAM. Dificil será, señor,
que vencidos y sitiados
jamás podremos osados
llegar hasta el vencedor.
El esfuerzo y bizarria
con que hasta ayer nos sentimos,
hoy cobardes los perdimos
en el combate del dia.
La victoria tan soñada,
esos fieros castellanos
nos quitaron de las manos
en esta fatal jornada.
Y fortuna fué, por Dios,
que llevarais buen arnés,
pues sinó, aquel Leonès
de un golpe acaba con vos.
Aun creo, con su lanzon,
verle gente derribando,
con sus voces animando
á sus bravos de Leon.
Jamás en combate ví
un viejo con tanto ardor.

GAR. Y el padre de Leonor,
decis que es?

RAM. Segun oi,
á Gonzalo en la batalla,
que al lejos le divisó,
y á conocerle acertó
por la garzota y la malla.
Que aunque un pequeño momento
pudo mirarle, vestia
el traje que antes tenia
en su mismo campamento.
Y segun pudo alcanzar
desde la torre de Oriente,
él es quien mas diligente
procura el cerco estrechar.

GAR. Que importa que en su furor
mis torres logren vencer,
si conservo en mi poder
á la infelize Leonor?
Cuando en su triunfo marcial
penetren con alegria,
freno pondrá á su osadia
el hierro de mi puñal.
Si bajo su honor y fé
libre me dejan marchar
y hasta Navarra llegar,
á Leonor entregaré.
Mas si en su ciega esperanza
de rendirme y recobrarla,
me lo niegan, inmolarla
sabré á mi propia venganza.

RAM. Cielos! qué acabo de oir?
Y tendriais corazon
para hacer, sin compasion,
á esa infelice morir?
Jamás, señor, no querais
ensangrentar vuestra historia
con la infamante memoria
que en vuestro enojo ideais.
Si es la muerte vuestro sino
con firmeza la esperad,
sin que la futura edad
os dé el nombre de asesino.

GAR. Ramiro, sella tu boca,
que en vez de darme templanza
tu consejo, á la venganza
mas á mi furor provoca.
Y no te olvides si callo
y á veces hablarte quiero,
que no eres mi consejero,
sinó un mísero vasallo.
Y que tan solo tu ley
debe ser mi voluntad,
sin que cumpla á tu humildad
aconsejar á tu rey.
(*se retira por la izquierda.*)

ESCENA II.

RAMIRO.

Jamás á ser consejero
de mi rey podré llegar,
pero yo sabré estorbar,
por mi fé de caballero,
ese pensamiento fiero
que se atrevió á proponer.
Yo sabré astuto torcer
el vil puñal homicida,
que quiere arrancar la vida
de una infelice mujer.
Jamás osaré traidor
hasta alzar mi brazo armado
contra el pecho respetado
de mi natural señor,
mas burlaré su furor
sin la espada desnudar,
que bien puede conciliar
quien tiene buen corazon,
hacer una noble accion
y á su deber no faltar.

Mas, cielos! cuan demudada,
Leonor aqui se dirige,
cual la atormenta y aflige
la suerte desventurada
con que hoy se mira abrumada.
Su presencia evitaré;
á solas la dejaré
con su pena y su tristura,
ya que no la dé ventura
su dolor respetaré.
(*se retira por la segunda puerta izquierda.*)

ESCENA III.

LEONOR, *sale por la derecha.*

Cuan dura es la aciaga suerte
de quien triste y prisionera,
tan solo en su mal espera
como un consuelo la muerte.
Mientras su negro dolor
entre estas murallas llora,
y á sus verdugos implora
la desdichada Leonor,
padre amoroso, apartado
de mi tambien gemirás,
y al pesar sucumbirás
sin fuerzas desesperado.
O Dios, si en tal situacion
no ha de cesar mi tormento,
lanzad un rayo sangriento
que abrase mi corazon.

ESCENA IV.

LEONOR, GONZALO, *por donde entró el rey.*

GON. Señora, por qué os mostrais
tan afligida? Aun el cielo
podrá vuestro desconsuelo...
LEO. Gonzalo, y vos preguntais
por qué estoy tan abatida?
Por qué al robarme, primero
con vuestro traidor acero
no me quitasteis la vida?
Oh! noble fué vuestra accion,
y de valiente á la par,
una doncella robar
en la noche, y á traicion.
GON. Tened la lengua por Dios.
LEO. Tan infame villania,
al ver vuestra faz impia
debi sospechar en vos.
Si con valor sin igual
peleando denodado,
os hubieseis presentado
entre un combate fatal,
y al contrario campamento
anoche hubierais batido,
y me hubierais adquirido
cual prenda del vencimiento,
honor fuera sobrehumano
el tenerme aqui encerrada,
como una presa arrancada
del poder del castellano.
Mas con un modo grosero
apartar una mujer
del enemigo poder,
es mengua de un caballero.
Un caballero! Mal digo,
vos sois un traidor no mas,
que no servireis jamás
para amigo ni enemigo.
GON. Señora, mi obligacion
es cumplir con mi deber,
sin que á mi me importe ver
si es razon ó no es razon
lo que mi señor me ordena.
El es rey, yo soy vasallo,
y asi le obedezco y callo
mande cosa mala ó buena.
LEO. Y jamás sentis dolor
de ser el vil instrumento
de un rey tirano y sangriento
sin conciencia y sin honor?
GON. Sirvo al rey por su dinero,
mas no por mala intencion,
si yo obro á su instigacion
él es el mal caballero.
Con la ballesta y la espada
diez años por él lidié,
y mi sangre derramé
sin conseguir nunca nada.
Entonces, si... es verdad
que me llamaban honrado,
diciendo que era un soldado
con honor y lealtad.
Mas qué alcanzaba mi honor?
Verter mi sangre do quiera,
sin que jamás consiguiera
ver premiado mi valor.
Entonces reflexioné
que asi nada alcanzaria,
me eché á lo que soy hoy dia,
y pienso que no la erré.
Asi ya podeis juzgar
que si sirvo á mi señor,
no es por falta de honor,
sino solo por medrar.
LEO. Vos honor? Torpe mentir.
Aquel que el honor aprecia,
poco es el oro, desprecia
hasta su mismo existir.
Vos honor! Cuando sangriento
si á D. Garcia pluguiese
que á vuestras manos muriese,
fuerais sin remordimiento
mi verdugo.
GON. Fuera ley,
ó sino él...
LEO. He entendido,
que á veces ha sucedido
tornarse verdugo un rey.
Pues bien, marchaos de aqui,
dejadme en mi triste estado,
y no os presenteis osado
jamás delante de mi.
GON. Nunca ha sido mi intencion
incomodaros, señora.
LEO. Despejad, Gonzalo, ahora,
compadeced mi afliccion.
(*Gonzalo se retira por el fondo.*)

ESCENA V.

LEONOR.

Si, pueda á solas llorar
sin que haya un solo testigo,
puesto que no he de encontrar,

para mi inquietud calmar,
en esta torre un amigo.
Bajo estos muros guardada,
entre este alcázar perdida,
dejenme desventurada,
por mi tristeza abrumada
á solas perder mi vida.
Que mas grato es espirar
envuelta entre mi dolor,
sin que á nadie pueda hablar,
que á cada paso encontrar
delante de mi un traidor.
Tal vez asi moriré;
que en este torreon fiero
donde por mi mal entré,
nunca, infeliz, lograré
que me ampare un caballero.

ESCENA VI.

LEONOR, RAMIRO.

RAM. Señora, os engañais; aun estas torres
albergue dan en su sombrio centro,
á quien honor y lealtad encierra
en su valiente y animoso pecho.
Noble, Leonor, nací; noble he vivido,
y noble mi blason de caballero,
siempre brilló con gloria y arrogancia
del combatir entre el marcial estruendo.
Si hora, por vuestro mal, mísera y triste
mirais á D. Garcia único dueño
de vuestra débil existencia, sola
no estais aqui, Leonor, que hay un guerrero
que hoy se levanta fuerte en vuestra ayuda,
y que sabrá morir por defenderos.
Mientras mi pecho aliente, mientras pueda
blandir mi brazo el matador acero,
no temais que hasta vos llegue ninguno
con viles y cobardes pensamientos.
LEO. Ah! quien sois vos que generoso y noble
asi por defenderme vela inquieto?
Cuanto os debo, señor. Pero decidme
siquiera quién sois vos?
RAM. Soy un guerrero
nada mas, Leonor; un buen vasallo
que del crimen y el rey me pongo en medio,
y osado evito la afrentosa mancha
que empañaria su robusto cetro,
y noble amparo con afán ardiente
de una doncella el indefenso pecho.
LEO. Mas qué pensais hacer? Quereis altivo
contrarestar al rey con vuestro acero?
En lid tan desigual sucumbiriais
al furor de sus rudos caballeros.
RAM. Leonor, jamás levantaré mi brazo
para ultrajar á mi señor y dueño.
Su vasallo nací, nunca rebelde
me alzaré contra él vil y sangriento.
LEO. Entonces que valdrá vuestra bravura,
ni ese por libertarme fuerte empeño?
Turbado ante su vista, confundido
de su soberbia voz bajo el acento,
servil y mudo escucchareis temblando
cual sumiso vasallo sus preceptos,
y si él os manda ser verdugo mio,
ahogando vuestros nobles sentimientos,
la muerte me dareis.
RAM. Nunca, señora.
Jamás el deshonor cabrá en mi pecho.
Ni jamás contra el rey para salvaros
traidor me volveré; tengo otro medio.
Mientras con la ruindad y la bajeza
me brinde D. Garcia, vano empeño
será el suyo tan solo; la deshonra
guardar puede para otros caballeros,
que aunque un guerrero nada mas yo sea,
mas honor que en el suyo hay en mi pecl
y mejor que él, monarca poderoso.
á la nobleza y la virtud respeto.

ESCENA VII.

Dichos, DON GARCIA, *que ha escuchado los últim versos.*

GAR. Has olvidado, mísero vasallo,
que hablabas de tu rey? Tu mente olvida
que á mi poder sujeta está tu vida,
cual si fuera de un perro ó de un caballo?
RAM. No lo olvidé señor; mas ved primero,
que antes que al deshonor traidor sucumb
bajaré noble á mi gloriosa tumba,
á la tumba inmortal de un caballero.
GAR. Silencio, esclavo vil; tu inmunda lengua
(*le dá un bofeton.*)
te mandaré arrancar, si es que tu lábio
contra tu rey murmura algun agravio.
Alejate de aqui
RAM. (*ap.*) Oh! infame mengua
Cuando sufrió mi honor tan vil mancilla,
torpe degradacion, cobarde afrenta,
que cual marca servil llevo sangrienta,
grabada por mi mal en la mejilla?
Oprobio impio que á lavar no alcanza,
mientras me dure mi manchada vida,
mas que su sangre sin piedad vertida,
oh! tiembla, infame rey, de mi venganza.)
(*vase por el fondo.*)

ESCENA VIII.

DON GARCIA, LEONOR.

LEO. Si el que aprecia el honor, rey de Navarra,
debe temer á vuestro enojo fiero,
para oir de vos mismo mi sentencia,
aqui os aguarda mi tranquilo pecho.
GAR. Jamás, Leonor, al que el honor adora,
injusto castigar supo mi cetro.
La virtud y el honor, prendas sublimes,
siempre segui cual noble caballero.
LEO. Y eso me osais decir, rey D. Garcia,
cuando del sol y de la luz huyendo,
con la fuerza y el dolo, los hogares,
asaltais capitan de bandoleros
para robar á una infeliz doncella?
Decidme, si podeis, que esto no es cierto?
Decid que vos no fuisteis quien impio
olvidando el deber de un caballero,
arrebató la hija á un noble anciano
del centro de su mismo campamento.
Reparad, D. Garcia, y ved despacio
si disculpa teneis.
GAR. Leonor, la tengo.
Harto disculpa mi osadia loca
esta pasion ardiente que os profeso,
este rendido amor con que os adoró.
Vuestra sublime imágen, ni un momento

de mi puedo apartar; en vano lucho
por olvidarla audaz; que aqui en mi pecho,
grabada está, para mi mal, ingrata,
cual una marca de indeleble fuego.
Ah! la vida sin vos la tengo en nada;
sin vuestro amor, el mundo es un desierto
para mi nada mas, y es mi corona
una pesada carga que aborrezco.
. Pues escuchadme bien: jamás la hija
del anciano Guzman, podrá en su pecho
abrigar para vos pasion alguna,
mas que su odio implacable y su desprecio.
. Leonor, miradlo bien; vuestra fortuna
ó vuestra muerte, hoy en mi mano tengo.
. Que le importa á Leonor que á vuestro antojo
el hilo de su vida esté sujeto?
Intimidarla acaso habeis pensado
porque seais de su existencia dueño?
Pues la errasteis, monarca D. Garcia;
en medio de los mas duros tormentos,
cuando amarrada al caballete horrible
sienta crujir mis palpitantes miembros,
espiraré cual mártir inocente,
brindándoos al morir con mi desprecio.
(*suena un clarin.*)
¿No escuchais el sonar de esa trompeta
que turba de estas torres el silencio?
Es el clarin marcial; á su sonido
juran vuestro esterminio los guerreros.
Es la terrible voz de vuestro sino
que aqui os aplaza para el juicio eterno,
do dareis de mi muerte estrecha cuenta
ante la faz de un Dios justo y severo.
(*se retira por la derecha.*)

ESCENA IX.

DON GARCIA, DON GONZALO, *por el fondo.*

G. Señor, en este momento
hablaros quiere un heraldo,
que en nombre viene al castillo,
del monarca castellano.
R. Pues conducidle al instante,
que ya impaciente le aguardo.

ESCENA X.

DON GARCIA, GONZALO, MANRIQUE.

M. En el nombre poderoso
de mi señor D. Fernando,
rey de Castilla y Leon,
vengo á esta torre á intimaros
á vos, el rey de Navarra,
que si al tocar á su ocaso
el sol, no se la rendis
con todos vuestros soldados,
la tomará á sangre y fuego
sus cimientos destrozando,
y entre sus ruinas undiendo
vuestro cetro soberano,
sin que su piedad respete,
el guante una vez lanzado
entre el destrozo sangriento,
ni aun á sus mismos hermanos.
R. Decidle al rey de Castilla,
que antes que llegue á su ocaso
del sol la encendida lumbre,
con mis leales navarros
le esperaré en las murallas
de este alcázar solitario.
Decidle que sin tardanza
al punto ordene el asalto,
donde desafio y reto
al soberbio castellano,
y que no he colgado altivo
de una almena á su emisario,
porque le lleve ese guante
que á su corona he lanzado
(*le arroja el guante que recoje Manrique.*)
Despejad.
MAN. Rey D. Garcia,
de tan atroz desacato
satisfaccion bien cumplida
sabrá tomar D. Fernando.
(*se retira por el fondo.*)

ESCENA XI.

DON GARCIA, GONZALO.

GON. Señor, segun imagino,
hicisteis un desacierto.
Si en vez de escitar la rabia
con vuestro terrible reto
á el monarca castellano,
propuestas le hubierais hecho
para entregarle la torre,
quizá lograrais, al menos,
quedar sin peligro alguno
en su córte prisionero,
en tanto que vuestro cange
tratára el navarro pueblo.
Mas ahora, quien sabrá
si en el combate sangriento
sucumbireis?
GAR. Nada importa.
Morir solo es mi deseo;
mas morir con el placer
de que ya vengado quedo.
Gonzalo, ha pocos instantes
ya te dige mis intentos,
con que audacia y entereza.
Cuando notes que cediendo
van mis cansados soldados
á su vencedor sangriento,
entonces, sin compasion,
hunde en su pecho tu acero.
GON. Pobre Leonor.
GAR. Y no olvides
que no alcanzarás en premio
tu vida si á ella la salvas.
Que tú eres el ballestero
que á D. Alonso mató
sabe D. Fernando ha tiempo,
y el inmolarte ha ofrecido
bajo fé de juramento.
Con que asi, jamás vaciles;
ya que tu destino adverso
te arrastra tambien, procura
vengado morir al menos.
GON. Hartas pruebas os he dado
para fiar en mi esfuerzo.
GAR. Y por eso hoy á tu daga
toda mi venganza entrego.
Con que marcha á tu destino
mientras que yo el mio espero.
(*se retira por la primera puerta izquierda.*)

ESCENA XII.

GONZALO, DON RAMIRO.

RAM. Gonzalo, todo lo oi,
y pues tu vil corazon
tan solo abriga traicion,
oye á lo que vengo aqui.
Si á la infelice Leonor
quieres humano salvar,
bien puedes aun alcanzar
el perdon del vencedor.
Que aunque eres el ballestero
que á D. Alonso mató,
que es, bien sabes, como yo,
D. Fernando un caballero.
El su perdon te ha de dar
viendo que eras su verdugo,
y mas que herirla, te plugo
su existencia conservar.
Asi, escucha mi tratado;
ó libertarla y vivir,
ó asesinarla y morir
trás ella descuartizado.
Decidete.

GON. Ya lo estoy.
Si estorbar esa venganza,
del rey mi perdon alcanza,
quien la defiende yo soy.
A su lado corro.

RAM. Si
con ella aguarda encerrado,
y aunque llamen, ten cuidado
de á nadie abrir mas que á mi.
Por la poterna escusada
del callejon subiré,
y para avisarte haré
por señas una palmada.
(*Ramiro se retira por la puerta del fondo.*)

ESCENA XIII.

GONZALO.

Buen enredo, vive Dios.
Y en este trance terrible,
aunque quiera es imposible
poder servir á los dos.
Si entre estas dudas batallo,
y al que no sirvo me agarra,
sin compasion me desgarra
como á un rebelde vasallo.
(*medita un poco.*)
Mas ya decidi. A Leonor
la salvarè ó daré muerte,
segun á quien hoy la suerte
quiera hacer el vencedor.
De ese modo siempre quedo
con quien venza en buen lugar,
pudiendo ademas jugar
esta partida sin miedo.
Asi pues, sin aprension
ya espera el lance fatal,
en que impune mi puñal,
salve ó dé sin compasion.
(*se retira por la derecha.*)

ESCENA XIV.

DON GARCIA.

Ya envuelta entre la noche pavorosa
languida reina la argentada luna,
por la estendida tierra silenciosa
derramando su luz inoportuna.
Débil el viento, con su manso arrullo,
al tropezar contra mi parda torre,
forma armonioso y plácido murmullo
si sus almenas fúnebres recorre.
Todo risueño con su aspecto augura
felicidad sin fin sobre la tierra...
solo yo, sin amparo y sin ventura
víctima soy de mi sangrienta guerra.
Mientras otros en plácidos salones
gozarán de la vida y la belleza,
yo, lidiando entre rotos murallones
perderé mi corona y mi cabeza.
Pero lidiando, si, lidiando fiero
contra esas huestes que abortó Castilla,
mi colosal renombre de guerrero
encerrando en mi tumba sin mancilla.
Que aunque hoy en esta torre devastada
me abandone al morir mi negra suerte,
solo con mi valor y con mi espada
grande he de ser en mi sangrienta muerte.
(*se percibe rumor y ruido de armas.*)
Mas que estraño rumor!.. es de batalla.
Tal vez será mi hermano D. Fernando,
que asaltará soberbio la muralla
con las feroces tropas de su mando.
Corro á su encuentro fuerte y valeroso,
para humillar su indómita bravura,
ó á hallar entre el asalto belicoso
de un infelice rey la sepultura.

ESCENA XV.

DON GARCIA, SANCHO FORTUÑO.

SAN. Agonizante rey, si ansioso corres
á espirar en la punta de un acero,
no salgas á los muros de tus torres,
que tu esistencia es mia, y yo la quiero.
Os sorprende el mirar que me haya entrado
solo, y desnuda la tajante espada,
y que haya altivamente demandado
vuestra vida de crimenes manchada?
Pues escuchad; no ois? Está vencido
el muro por las armas de Castilla,
en tanto que yo aqui me he introducido
para lavar con sangre mi mancilla.

GAR. Y tú quien eres, mísero gusano,
que osas asi, con tanta bastardia,
y con lábio blasfemo, ruin villano,
la vida demandar de D. Garcia?

SAN. No conoceis mi frente deshonrada?
Sancho Fortuño soy, soy el esposo
que á recobrar hoy viene con su espada
el honor que ultrajasteis licencioso.
Si, D. Garcia, hoy vengo en mi coraje
con vuestra sangre á rescatar mi honra,
y á vengar el cobarde y ruin ultraje
que hace quince años ya que me deshonra.
Tambien vengo en el nombre de otra dama
á quien vil mancillasteis y altanero,
y cuya sombra por venganza clama
contra el autor del torpe desafuero.
La sombra, si, de la infeliz Mencia,
que espiró siendo madre en su abandono,
reclamá sin cesar de noche y dia,
al asesino infiel que mancha un trono.

. Basta, traidor; pues tu cobarde lengua
ha osado hasta insultarme con vileza,
de tan villana y miserable mengua,
tú me satisfarás con tu cabeza.
. Pues venid á tomarla, D. Garcia,
que enmedio de la lucha encarnizada,
cuando recuerde la venganza mia,
yo partiré la vuestra con mi espada.
(*riñen.*)
. Soy muerto, maldicion.
Os he vencido.
Con vuestra sangre al fin mi honra he lavado.
. (*gritando.*) Gonzalo, véngame.
. ¿Qué es lo que he oido?
. Sancho Fortuño, al fin muero vengado.
(*cae sobre un sillon.*)
. Vos vengado morir, no lo comprendo?
. Si, yo corté de Leonor la vida,
vengador de mi mismo.
Ah! ya lo entiendo.
Te has vengado en tu sangre, parricida.
. Qué escucho? Leonor...
Si, desgraciado,
fruto es de tus amores con Mencia.
. Y yo cruel la he asesinado!!!
verdugo muero de la sangre mia.
(*espira.*)
Si, si, verdugo de tu sangre has sido.
Pero noble, esta accion infamatoria,
yo sabré sepultar en el olvido.
Tan inmundo furor, jamás la historia
en la futura edad verá esculpido,
para infamar tu nombre y tu memoria.
Yo lloraré en Leonor mi hija perdida,
sin que te llame el mundo parricida.

ESCENA XVI.

os, Don Fernando, Manrique, Robledo, *y ballesteros etc.*

. Dónde se oculta de mi saña ardiente
ese cobarde rey?
Miradle.
Muerto!
En franca lucha y singular combate
sucumbió como cumple á un caballero.
Sancho Fortuño soy, mi nupcial tálamo
mancilló D. Garcia allá en su reino,
y su sangre, que ardiente he derramado,
mi nombre y mi blason hoy me ha devuelto.
Mas cuan caros me cuestan, D. Fernando.
En esta misma torre, hace un momento
que mi hija Leonor ha sucumbido
bajo el puñal de D. Garcia.
Fer. Cielos!
Con ese crímen de barbarie impia
de su vida de horror cerró el sendero?
Infando crimen, que su nombre infama!
San. Si, D. Fernando, si, crimen horrendo;
tan impio y brutal, que es imposible
que llegueis, tal cual es, á comprenderlo.

ESCENA XVII.

Dichos, Leonor, Ramiro, *por la derecha.*

Leo. Padre mio!
San. Leonor, hija querida!
Es realidad ó sueño lo que miro!
A quién eres deudora de tu vida?
Leo. A el noble corazon de D. Ramiro.
El solo con su esfuerzo ha conseguido
vida y honor ilesos conservarme,
y es quien el hierro impio ha detenido
que el hilo de mi vida iba á cortarme.
Fer. Cuanto poseo es vuestro; generosa
por su rey vuestra espada hoy ha lidiado,
y amparó la existencia de una hermosa.
Como valiente y noble habeis obrado.
Ram. Solo á el placer que en mi conciencia hallo,
no á recompensa interesada aspiro,
que aunque encerrado en pecho de vasallo
noble es el corazon de D. Ramiro.
Fer. Jamás lo olvidaré; siempre en mi mente
de vuestro proceder franco y honrado,
una memoria mantendré patente.
Siempre en mi pecho vivirá grabado
que hubo un guerrero intrépido y valiente,
que al honor y nobleza acostumbrado,
se lanzó con prudencia y bizarria,
y entre el crímen se puso y D. Garcia.

FIN DEL DRAMA.

MADRID, 1847:

IMPRENTA DE VICENTE DE LALAMA,

CALLE DEL DUQUE DE ALBA, N. 13.